

Una faceta espiritual de San Juan de la Cruz



HOJEANDO papeles, ya casi viejos, encontré unos apuntes escolares con los que, aunque de escasa valía, quiero componer un artículo, detallando una faceta espiritual del gran Doctor del Carmelo. Tal es su devoción a la Virgen.

Repetidas veces he oído decir que esta distintiva del espíritu carmelitano no se acusa hoy en nuestra vida con el relieve de épocas pasadas y ciertamente, leyendo la literatura, no tan sólo la biográfica, de nuestros religiosos primitivos, es forzoso reconocer su amor a la Virgen, harto más viviente y expresivo que en la actualidad. No llega mi dictámen al hondo de la conciencia, pero el dato externo es su expresión cierta y más en el supuesto de ser cifra de toda una colectividad.

A los biógrafos de San Juan de la Cruz no se les pasó desapercibida esta nota de su espíritu mariano, dedicándola un capítulo aparte, capítulo olvidado en varias de las biografías, aun modernas, que historian la de la insigne Reformadora, en nada y menos en esto inferior a su santo coadjutor.

Dos motivos ocasionales me han puesto la pluma en la mano a trasladarla a estas páginas relativamente ampliada. Los días de inquietante zozobra para la iglesia española han hecho vibrar los sentimientos más hondos del alma, levantando los ojos al cielo, en espera del favor divino por la mediación de la Madre, en quien todos confiamos. El embate de odio se ha centrado contra las Ordenes religiosas, y a los Carmelitas algo nos ha de valer su patrocinio, dada nuestra singular filiación mariana. En esos momentos de emotividad piadosa nada más oportuno y convincente y sosegador de toda inquietud que el recuerdo de la férvida y constante devoción que a María profesó nuestro Santo Padre y de los

favores que le dispensó en vida la Virgen Santísima, para emular lo primero y merecer su protección.

Además en el presente año celébrase—y en este mes se inicia—el tricentenario de la reconquista del Monte Carmelo, por la Reforma teresiana: ningún tema, pues, más congruente que el de la devoción del insigne Reformador del Carmelo hacia la Reina de la Santa Montaña.

La fisonomía espiritual del Santo es tan reconcentrada como ajena a toda espontaneidad: su rostro ascético expresa una negativa o renunciación cabal a todo. La frente baja, los ojos modestísimos, su boca pequeña llena de prudencia, y su recogimiento claustral apenas permiten sondeos psicológicos. Los libros, con ser personalísimos, están pensados y escritos con una generalización de ideas que no permite apuntar un sólo dato autobiográfico. Una reflexión sabia y una exposición metódica suplantán en la literatura sanjuanista a las notas experimentales, proceso espiritual personalísimo y variedad temática con que la Doctora Mística escribió sus libros con fin parigual al del Doctor de Fontiveros: el de la enseñanza de sus hijas espirituales, las Carmelitas Descalzas.

Todas las referencias de su vida espiritual están dictadas por otros escritores; no son autógrafas. Hay que repasar las informaciones y procesos apostólicos de su beatificación y canonización para hallarlas, porque al escribir sus libros parece haber puesto en entredicho su personalidad. El olvido de sí por Dios va sellando todas sus páginas. ¿Cómo iba a decirnos sus devociones particulares, algo tan íntimo como esas relaciones de afinidad espiritual?

Cabría, sin embargo, asegurar, aun careciendo de todos los datos, que San Juan de la Cruz fué devotísimo de la Virgen María. La especial providencia con que Dios le predestinó para reformador del Carmen y padre espiritual de dicha Orden, es más que suficiente prueba de sus amores marianos. Y, felizmente, la historia no desmiente esta afirmación apriorística, como se verá por la siguiente relación tejida con los hilos de muchos datos históricos.

Como prueba positiva bastaría el aducir que sobre este tema de la devoción a la Virgen se hicieron informaciones en el Proceso de su Beatificación, en tres puntos, al menos, del

interrogatorio (1), y asimismo en el Apostólico para su canonización (2).

Por lo demás, un método extraño se impone en la probanza. Los testimonios más directamente nos prueban la predilección de María para con el niño de Medina, el fervoroso estudiante de Salamanca y el correformador teresiano; pero sin mayor reflexión nos viene a la mente la razón de la correspondencia que a tanto favor debía el Santo, si no se anticipó meritoriamente por su devoción acendrada a la Virgen.

Conocidísimos son los primeros episodios repetidos por todos los biógrafos y gran parte de los testigos en las informaciones de sus procesos de beatificación; uno de ellos el de haber sido librado, muy niño aún, de ahogarse en una balsa profunda en la que estando zambullendo varillas o cañas, se escurrió, corriendo grave peligro; asimismo otro idéntico, que le aconteció en Medina, al ser sustentado por manos de la Virgen, sobre la balsa de un pozo del hospital donde servía, hasta que vinieron en su auxilio y con sogas le extrajeron del hondón donde había caído, por no tener brocal el pozo (3).

En los dos fué asistido, según propia confesión, por la Virgen, mas nada de milagroso dijo haberle acontecido en el primero, hasta muchos años después. Diferentes testigos afirman habérselo oído referir al mismo Santo y es bien explícito el dicho de Fr. Martín de la Asunción, quien nos dice en confirmación que «por esta razón—de los beneficios recibidos—decía era muy devoto y aficionado a Nuestra Señora» (Ib. p. 83).

Años más tarde ofreciósele ocasión al Santo de orientarse en la vida, siguiendo la carrera eclesiástica y en paso tan transcendental nos consta ciertamente la actuación de la Virgen para con su gran devoto, a quien él se encomendó. La gran responsabilidad de la cura de almas retrotraía su decisión,

(1) B. M. C. vol. 14, p. 2 Preguntas 3, 4 y 5.

(2) Ib. preg. 3 y 4, p. 307.

(3) Por este orden relatan generalmente los biógrafos del Santo ambos episodios. El P. José de Jesús María Quiroga traspone la caída en la charca a la del pozo, ocurrida ésta a los cinco años. Cfr. Vida... lib. I. cap. II. De su verdad no puede dudarse, dados los testimonios. Cfr. B. M. C. vol 14, págs. 167, 321, 363, 414, etc.

hasta que Dios, respondiendo a sus deseos, le orienta con este oráculo: «Servirme has en una religión cuya perfección antigua ayudarás a levantar». El cumplimiento de esta relación acreditó su verdad según dijo el mismo Santo Padre a la Ven. M. Ana de Jesús.

«Era recién fundado en aquella villa—de Medina—el convento de Carmelitas de la Observancia, y, un día llegando Juan a él, y viendo el hábito de Nuestra Señora del Carmen, vió al mismo tiempo en su alma aquella profética ilustración con que Dios le había movido para que fuese religioso... Aumentósele este piadoso afecto para con Nuestra Señora del Carmen, considerando que esta Sagrada Orden tenía por Madre, Patrona y Protectora a la misma celestial Reina, que él, desde sus tiernos años, también había escogido por tal y de cuyas manos había recibido singularísimos favores» (1). Ninguna otra causa aducen los biógrafos, sino ésta de la devoción agradecida del Santo para con la Virgen, en ninguna Orden más ingénita que en la del Carmen (2).

Correlativas eran la devoción del niño Juan a María y la providencia de esta Madre celestial sobre él, por lo que la vocación de éste al Carmen, si no fué destino particular y primero de Dios, dada su finalidad, bien pudiéramos cargarla entre sus méritos y haber espiritual. Desde sus infantiles balbuceos la instrucción materna le había enseñado a invocar a María, (Compendio I); en Medina, la memoria de la Virgen era uno de sus más dulces recuerdos, siéndole particularmente gratos los momentos en que de rodillas y a diario rezaba el rosario y el oficio menor, (ibid., III), prácticas piadosas que enfervoraban la memoria de los beneficios recibidos de la celestial Señora, ya que, como refieren innumerables testigos, aún en los últimos años los tenía muy presentes y los refería con piadosa complacencia. Con-

(1) Compendio de la Vida del Beato Padre San Juan de la Cruz, por el Padre Fr. Andrés de Jesús María, cap. IV. Citamos esta biografía, extractada de la escrita por el P. Jerónimo de S. José, por abreviar los textos. Aunque todas, como hemos dicho, tratan de nuestro tema, es la del P. Jerónimo la que le pone más de relieve.

(2) B. M. C. vol. 10. Obras de San Juan de la Cruz, I, pág. 16. Item, vol. 14, págs. 203, 321, etc. En el Proceso Apostólico se inquirió el motivo por su devoción a la Inmaculada, Madre de Dios; preg. 4. Ibid. p. 307.

siguientemente el día que vistió el hábito e ingresó en la Orden de la Virgen fué de gran fiesta para su espíritu. Su vida de novicio y estudiante está encerrada en la más estricta observancia; contestes todos los autores en que era amantísimo de la oración, fervoroso adorador del Santísimo Sacramento y encarnación del estudiante carmelita y, siendo la devoción a la Virgen tan tradicional y arraigada, aun hoy día, entre los Padres de la Observancia, sin duda que en el corazón de Fr. Juan de Sto. Matía—así se llamó en la religión—floreció lozanamente.

A mayor abundamiento, cabe también afirmar, si no son mentidas las relaciones espirituales, que las virtudes reconocidas como más sobresalientes en el estudiante salmantino arguyen su devoción práctica para con la Virgen; su inmaculada alma, según el testimonio del Padre Juan de Sta. Ana, quien le confesó generalmente para morir y el hecho de haber sido confirmado en gracia el día de su primera misa y ceñido, como otro Santo Tomás, por los ángeles, en premio y salvaguardia de su pureza, algo reafirman su devoción a la Madre de la divina gracia y Virgen de las Vírgenes.

No mucho después el P. Angel de Salazar, atento servidor en cuanto pudo de la M. Reformadora, la puso en la pista de dos jóvenes de animoso espíritu, nuestro Santo y su compañero el Padre Orozco, muy a propósito para comenzar la reforma entre los frailes, si bien no sabemos por qué, acaso por la tardanza, este último dejó incumplida su promesa. Sabido es que la Santa, encomendó esta reformatión al Señor, antes de entrevistarse en Avila con el R. Padre Rubeo, quien por prudencia no quiso adelantar el permiso. La Santa se acogió a la intercesión de la Virgen, escribió nuevamente al Rvdmo. P. General, de visita por el levante, quien, desde Barcelona (14-VIII-1567) remitió su licencia y, a poco, en la fundación de Medina, encuentra fácil el camino con el ofrecimiento del Santo. Imposible no ver la actuación de la Virgen en este principio feliz de la Reforma de la Orden primera.

Un par de meses de novicio descalzo en Valladolid con la Madre fundadora y a fines de Noviembre de 1568, el 28, primera dominica de Adviento, se inauguró en una casona destartalada de Duruelo el primer convento de Descalzos Car-

melitas, con régimen de eremitorio por la pobreza, silencio continuo y grandes penitencias...

Promediado el 1570, el santo hubo de extender sus alas de reformador, pasando a Mancera, luego a Pastrana y, después de algunos meses, a la Rectoría de Alcalá (Abril de 1571), estando de confesor en la Encarnación de Avila al principiar el otoño de 1572.

Sabido es que aquí comenzó su éxodo penoso, cuya primera caída fué en la cárcel de Toledo. Harto conocida es esta escena de un realismo verdaderamente dramático. Por lo que a nuestro tema se refiere el papel que en ella representa la Virgen es interesantísimo y, quizás por lo llamativo del caso, el más pormenorizado en las biografías sanjuanistas. Aunque en ellas se apuntan sus muchas penitencias, ni más en número, ni más crueles que las de costumbre en las celdas-cárceles conventuales, es lo cierto que el Santo salió bastante desmejorado. Pero, amante del sufrimiento, la hartura satisfacería el apetito. Entre los sufrimientos no fué el menor cierta severa intención, que confirma su devoción a la Virgen María, en aquel cargo con que repetidamente le culpaban, aún públicamente, al decirle que «había de ser él el primero que deshonorase la Orden de la Virgen con un desatino tan grande como descalzaros y hacer diferente hábito y poner discordia entre los religiosos y dar que decir a todos los seglares» (1). Indicio de que a este reproche era muy sensible. Asimismo su anhelo de celebrar la misa el día de la Asunción, por ser fiesta de Nuestra Señora, «que me consolara mucho» (Ib.) El mismo día de la Asunción por la noche (2) se le apareció, anunciándole el fin de su vida carcelaria: «Hijo, ten paciencia, que presto se acabarán estos trabajos y saldrás de esta prisión y dirás

(1) P. Andrés, «Compendio», X.

(2) Hay alguna discrepancia en puntualizar el día en que el Santo se fugó de la cárcel. Los biógrafos dicen que fué en uno de los días de la octava. Todos cuantos hemos confrontado relatan visiones a partir del día 15 y por ende no pudo acontecer la huida en dicho día. El P. Jerónimo afirma el día exacto, que fué precisamente el de la octava el 22 de Agosto de 1578. Cfr. Historia del Ven. P. Fray Juan de la Cruz, (ed. de 1641), lib. III, cap. XIX, pág. 333.—Idéntico dato se apunta en el Interrogatorio de las Informaciones para la Beatificación. Cr. vol. 14 B. M. C., p. 25. pág. 8.

misa y te consolarás» (1). Dos o tres veces en días consecutivos se le apareció de nuevo, persuadiéndole la huida y aun indicándole las trazas para realizarla sin ser notado, como lo hizo.

No volverá en adelante a correr lance tal, aunque no fué tan remansada su vida por tierras andaluzas, como forzaría deducirla el tono de sus escritos místicos y la soberana alteza de su doctrina, pero, después de su estancia en el Calvario, no acabó de peregrinar por toda Andalucía, mas la excursión a Lisboa (Mayo de 1585) y dos regresos a Castilla, tierra y conventos que añoraba mucho. Si no por estos viajes la vida externa del Doctor Místico nos sería desconocida. Durante ellos reveló gran parte de las noticias que de su vida conocemos, particularmente las de su devoción a María y favores de ella recibidos y obró incontables milagros que le conquistaron fama de Santo. Contrariedades humanas fueron y han sido siempre las llamas purificadoras y ansiando huir del ajeteo de las fundaciones había pedido al Señor, y lo obtuvo, el morir en un convento retirado y en olvido de todos.

Digno de anotarse es uno con que la Virgen le protegió en la fundación de Córdoba. El Capítulo de Pastrana continuación del de Lisboa, dividió la reforma en Provincias y Nuestro S. Padre, como Definidor II, hubo de gobernar la de Andalucía con el título de Vicario Provincial y entre las fundaciones que erigió fué la primera la de la ciudad de la mezquita. «Para edificar la Iglesia comenzaron a derribar una pared vieja. Socaváronla tanto que vino a caer sobre la celda del santo Padre de manera que toda se hundió. Levantando todos el alarido, creyendo había cogido al Santo Provincial, acudieron seglares y religiosos a desenterrarle, y alegre y sereno le hallaron en un rincón, sin recibir la menor lesión y detrimento. Preguntándole la causa de tanta maravilla, respondió: «Había tenido fuertes puntales, porque la de la capa blanca—así llamaba a Nuestra Señora—milagrosamente le había librado de aquel riesgo» (2) El P. José de Jesús María

(1) Vida de San Juan de la Cruz, por el P. José de Jesús María, I. II, c. VII, p. 261, ed. de Burgos, 1927.

(2) P. Andrés, ob. cit. XVI.

Quiroga, refiere (1) que, yendo a pasar un río, «se atravesaron entre las piernas de la cabalgadura unas malezas que traía la corriente... con lo cual cayó en el agua la cabalgadura y también nuestro Santo Padre con gran peligro de ahogarse. En este aprieto llamó a la Virgen y hallóla tan a mano para socorrerle, que... le tomó de las dos puntas de la capa y le llevó sobre el agua, hasta sacarle a la orilla, con no poca admiración del donado y arrieros, que veían el efecto e ignoraban la causa, hasta que después el santo la manifestó a un grande amigo suyo, reconociendo lo que debía a esta Señora (2).

En esta su época de fundador y reformador fué cuando comunicó a sus hijos y súbditos su espíritu de devoción mariana. Muy típicas y efusivas eran las fiestas con que él representaba los misterios de la Virgen y el Niño, escenificándolos en pequeño, a la manera de los dramaturgos y comediantes de nuestro teatro de entonces. Con notable expansión lo refiere el P. Quiroga:

«De este amor agradecido que el Santo Padre tenía a esta sagrada Humanidad, y de lo que se consolaba con la memoria de Dios Niño, venían las alegrías devotas con que celebraba su santísimo Nacimiento, y los modos que inventaba para solemnizarle, con lo cual y con las palabras de amor y ternura que decía a la Madre y al Hijo, pegaba devoción y fervor a quien le oía.

Entre las invenciones devotas que a puerta cerrada hacía aquella noche, representaba muy al vivo la entrada de la Virgen en Belén y el mal hospedaje que allí había hallado. Para lo cual llevaban a la Virgen en andas, acompañándola todos los religiosos, y en algunas partes del claustro tenía sus estaciones representando los mesones y posadas, y allí hacían sus pausas pidiendo posada para unos pobres forasteros. Quien pedía la posada era nuestro Santo Padre, declarando a los mesoneros las excelencias de aquella Señora que había de ser hospedada. Y negándosela los religiosos que allí tenía puestos por mesoneros, tan tiernas palabras de-

(1) Vida... l. III, cap. III, págs. 381.—Item. Reforma t. II, lib. VII, cap. 3, n. 5.

(2) Item, B. M. C. vol. 14, p. 363-4.

cía de sentimiento, que no parecía representación, sino que tenían presente el misterio ya pasado; con lo cual enternece y afervorizaba tanto a los religiosos, que derramaban lágrimas de devoción. Y el oírle decir las calidades de la doncella forastera, y cómo venía preñada del Hijo de Dios, y los altos sentimientos que de aquí sacaba, renovaban la fe de este misterio, y no había corazón tan duro, que no se enterneciese de oírle» (1).

Entre los misterios de la Virgen parece tuvo particular afecto hacia la Inmaculada Concepción. En sus conversaciones, camino de las fundaciones, dicen los testigos, que recordaba con mucho encarecimiento la hermosura de la celestial Señora, que le socorrió en los percances de naufragio, siendo niño; además su fiesta era por aquel entonces la titular de la Orden, como también la tradición de haber sido prefigurada en la nubecilla eliana y cabe conjeturar mayor predilección por la singularidad del privilegio y cierta inclinación de su corazón siempre tan puro (2).

Curioso es el testimonio del P. Fr. Fernando de la Madre de Dios, superior de Ubeda, cuando murió el Santo, según el cual, «a este testigo al tiempo y cuando se le dió el hábito que trae, los religiosos que se hallaron presentes, unos decían se pusiese tal sobrenombre y otros otro, diferente cada uno, conforme a su devoción y el Santo le dijo a este testigo: hijo, no se llame así, sino Fernando de la Madre de Dios, porque la Virgen Santísima se huelga mucho la llamen Madre de Dios; y así se llamó este testigo... por habérselo puesto el Santo Fray Juan de la Cruz...» (Inform. págs. 321).

En sus prácticas de dirección espiritual no olvidaba la mediación de la Virgen y así depone Brígida de la Asunción, C. D., que «estando... muy apretada con una cosa que le atormentaba, comunicándola con el Santo, con sus razones del cielo y con una devoción que le mandó hiciese a la Virgen Nuestra Señora, quedó este testigo libre de aquel tormento y pasión...» (Ib. págs. 245).

Si el ajustado ceñidor franciscano, por popular, no fuera

(1) Vida... I. I. cap. XL. Cfr. B. M. C. vol. 13, XCVII; vol. 14, p. 25.

(2) Otros detalles y pruebas pueden leerse en las informaciones; vol. 14, págs. 168, 210, 364, etc.

prototipo de la pobreza, se hubiera personificado esta virtud en el Reformador del Carmelo, por haberla practicado tan rigurosamente como el que más, de modo que en su celda no se permitía atavío «más que una cruz y una imagen de la Virgen, breviario y la Sagrada Biblia» (1).

Por fin, la M. Ana de S. Alberto depone en su dicho, entre otros consejos que la dió N. S. Padre para obtener en Caravaca un convento de frailes, el de que procurase «que no falte en el coro conmemoración de Nuestra Señora cada día... díjome que le había dicho Nuestro Señor que se había de servir con este convento—de Caravaca—y que le dió a entender lo hiciese» (2).

La herencia de su espíritu mariano la recogió un acreditado discípulo suyo, depositándola en el libro áureo, que ha servido de director espiritual en los noviciados descalzos. La Instrucción de Novicios, escrita por el P. Juan de Jesús M.^a Aravalles, dice así: «Mucha obligación tenemos de amar tiernamente la angélica virtud de la castidad, no sólo por el voto que a Dios hacemos de ella, sino por ser nosotros religiosos de la Inmaculada y purísima Virgen a quien nuestra Religión, como a Protectora se dedica y cuyo Escapulario por particular regalo y favor traemos» (3).

Pocas páginas y menos testimonios de su devoción a la Virgen puede ofrecerse como las de la muerte del Santo Reformador. Es en esa hora cuando se suscitan y renuevan las memorias y afectos de la vida, buenos o malos, según haya sido ésta. En la agonía y muerte S. Juan de la Cruz se recreó de continuo con el pensamiento y memoria de la Virgen y si en su liberación de la cárcel toledana fué su consejera y cicerone, análogos oficios cumplió al salir el alma de aquel cuerpo penitentísimo y maltrecho por penitencias y curas sangrientas: la Virgen le anunció su muerte y le llevó al cielo, a cantar los maitines, cuando ~~expiraba~~ ^{se iniciaba} el día sábado, 14 de Diciembre de 1591.

El P. Andrés detalla todos los pormenores referentes a nuestro tema, por lo que copiamos su relato:

(1) Proces. Apostólicos, preg. 15, pag. 311.

(2) B. M. C. vol. 13, ap. XX, p. 397.

(3) Ibidem, XX.

«Había como dos meses y medio que estaba enfermo, creciendo cada día el mal y apretándole... Llegó de esta suerte a la Víspera de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, 7 de Diciembre, día sábado, y avisado en él por la Santísima Virgen que había de morir en el siguiente (sábado), preguntaba cada día el que era...

Llegado el jueves, pidió le trajeran el Santísimo Sacramento por Viático...

Viernes 13 de Diciembre, día de Santa Lucía... A la una, después de mediodía, habiendo preguntado qué hora era, y respondiéndole que la una, se declaró diciendo: Hélo preguntado, porque gloria a mi Dios tengo de ir esta noche a cantar Maitines al cielo...

A las cinco de la tarde recibió la Extremaunción... Oyendo tocar a las diez una campana, y diciéndole era de un convento de monjas, que tocaban a Maitines, dijo: Yo también, por la bondad de Dios, les iré a decir con la Virgen al cielo. Y hablando con ella decía: Gracias os doy Reina y Señora mía, por este favor que me hacéis, en querer que salga de esta vida, sábado, que es vuestro día.

...(Dando las doce de media noche, y sonando la campana del convento) preguntó a qué tañían y respondiéndole que a Maitines, pasó blanda y amorosamente los ojos por todos los circunstantes, como despidiéndose de ellos, y dijo: al cielo me voy a decirlos. Y luego llegando sus benditos labios a los pies del Crucifijo... entregó blanda y suavemente su espíritu al Señor, diciendo: In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum. (Ps. XXX, 7).

Con que expiró al principio del sábado, el mismo día y hora que él había dicho, que fué a 14 de Diciembre del año del Señor de 1591, a los 49 de su edad y 28 de Religión, de los cuales había empleado los cinco primeros en la Observancia del Carmen Calzado, y los 23 últimos en su Reforma» (1).

Y termina con este significativo epifonema: «Así acabó aquel gran Descalzo, aquel que dió principio a nuestra Reforma... tiernísimamente amado de Cristo y de su Madre... (2).

(1) Compendio XIX.

(2) Ibidem, XX.

Pero si los datos precedentes arguyen la ferviente devoción y filial amor del penitente de Duruelo hacia la Virgen, confirmados por los favores que Esta le otorgó en vida, después de muerto no decrecieron. Acaba de publicarse en la Biblioteca Mística Carmelitana parte de los testimonios y dichos de testigos deponentes en las Causas de la Beatificación y Canonización y quien los lea notará lo milagrero que ha sido San Juan de la Cruz por sus reliquias. De pocos, como de San Juan de la Cruz, cabe afirmar la paradoja de que han vivido en la tierra después de muertos.

Sabiendo cuáles fueron sus principales devociones nada tiene de extraño y si cierta razón de mérito o glorificación lo que depuso don Luis de Mercado y Peñalosa, sobrino de la célebre doña Ana: A las treinta y una preguntas dijo este testigo: «que ha oído contar muchas maravillas y milagros del Santo P. Fr. Juan de la Cruz, mas que en particular le parece muy raro el ver en ellas imágenes de Cristo Nuestro Señor, del Espíritu Santo y de la Virgen Nuestra Señora y del mismo santo P. Fr. Juan de la Cruz, que aparecen a tiempos en el pedacito de carne del Santo que está en Medina del Campo, de que andan muchos retratos estampados...» (In. form. vol. 14, p. 263) (1).

Aquí apuntaremos algunas más relacionadas con la Virgen:

«Son famosas las reliquias corporales de San Juan de la Cruz por las diferentes visiones que en ellas se han visto. Refiere la historia que Francisco de Yepes, hermano del Santo y como él muy favorecido del cielo con gracias místicas, dijo un día a Nuestro Señor que se le apareció: «no me harías merced de enseñarme a mi querido hermano? Dijole Su Majestad, que siempre que viese la carne de su hermano, que tenía en el relicario, le vería también a él. Desapareció con esto Cristo Nuestro Señor, y el bendito varón, con fe firme y esperanza cierta de ver cumplidas las promesas de su Dios, tomó el relicario en la mano, y al punto vió a su hermano de la misma manera que cuando vivía, aunque el rostro con mucha mayor hermosura. Vió en el mismo pedazo de carne a la Virgen Sacratísima Nuestra Señora, vestida con el hábito del

(1) Visiones análogas se leen ib. pags. 165, 175, 181, 231, 266, 354, etc...

Carmen con el Niño Jesús en sus brazos, echado el bracito izquierdo sobre el cuello de su Madre, extendiendo el cuerpecito y el otro brazo hasta que llegaba a poner la mano sobre la cabeza del Santo Padre. Diósele a entender en esta visión la suma y fervorosa devoción que Nuestro Santo Padre había tenido toda su vida con el Hijo y con la Madre» (P. Andrés, ob. cit. XXII).

«Una de las reliquias del Santo Reformador del Carmelo cúpole al P. Fray Pedro de la Madre de Dios, Definidor General. En sus andanzas apostólicas llegó a hospedarse una noche en Alcalá la Real. «Servía por moza del mesón una turca, que se llamaba Fátima, a quien ningunas persuasiones habían podido hacer cristiana. Recogido el Religioso en su aposento, sintió la inspiración de enseñar a la turca la reliquia. Por la mañana madrugó; sacó su Relicario, y le dijo: Fátima: mira qué linda cosa: llegó ella con curiosidad de ver el Relicario, y apenas lo hubo tomado en sus manos, cuando empezó a voces a decir: linda Señora, hermoso Niño; y fué corriendo a otra compañera suya esclava, que era cristiana, diciéndola mirase aquella Señora y aquel Niño. La otra vió lo mismo, y le dijo que la Señora era la Virgen María, y el Niño su hijo precioso... (Ibidem.)»

«En una de estas apariciones que se vieron en un pedazo de carne de San Juan de la Cruz, y vienen probadas en la información que se hizo en el tribunal episcopal de Jaén, refieren los testigos, entre las demás, una de esta manera: Estaba la Virgen Nuestra Señora al un lado de esta carne, y al otro una figura de nuestro Padre original, el Profeta Elías, y un poco más abajo, estaban dos figuras, la una de nuestra Madre Santa Teresa, y la otra de nuestro santo Padre San Juan de la Cruz, y entrambos estaban mirando a las manos de la Virgen Nuestra Señora, que les estaba como entregando una cosa, a modo de un bultico muy blanco, y el plato en que se le daba, era la cabeza de un serafín con sus mejillas muy encendidas» (1).

Sería cosa de llenar varias páginas el relatar estas apariciones de la Virgen en las reliquias de San Juan de la

(1) P. José: Vida, l. I. c. VI, p. 21.

Cruz (1). Esta sobreabundancia no compensa la falta de testimonios personales del mismo Santo. Al leer sus obras no puede uno menos de extrañarse de que habiendo sido lector incansable de los Cantares de Salamanca, habiéndole comentado dos veces por lo menos, siendo tan aficionado a la exégesis alegórica y constándole la interpretación mariológica que tienen muchos de sus versos en la literatura patristica no hiciera alusión alguna a la Virgen. Aparte las fórmulas preliminares de documentos y patentes cuyas contadas veces la recuerda en las demás obras.

Hermosa cita es la que se encuentra en la *Oración del alma enamorada*, en la que, argumenta que la posesión de Cristo, la hace señora de todo, aun del mismo Dios, y dice: «Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores: los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías...» (2). A esta perfección y alteza de la Virgen sobre todo lo creado, añade otra el Santo, peculiar de la Virgen y no concedida a otras criaturas sino muy raramente. Tal es la de obrar siempre movida inmediatamente el alma por el espíritu divino, diciendo en su alabanza: «las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto. Tales eran las de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, la cual... siempre su moción fué por el Espíritu Santo» (3).

Este encumbramiento tuvo por causa la gran santidad y estrechísima unión, cuanta es posible, de la Virgen con Dios. El gran Doctor carmelita explicando el verso segundo de la Canción III de la *Llama de amor viva*, entiende por resplandores de las lámparas de fuego—luz y calor divinos—las noticias que los atributos de Dios dan de sí al alma y dice que por otro nombre se llaman obumbraciones, es decir, hacimiento de sombra; mas, como «cada cosa tiene y hace la sombra conforme al talle y propiedad de la misma cosa... la sombra de una luz será otra luz al talle de aquella luz. De ahí deduce la gran divinización de la Madre de Dios, por la infusión de una gracia superabundante y por qué a «aquella gran merced que hizo Dios a la Virgen María de la concepción

(1) Por ser tantas y tan fácil de satisfacer la curiosidad de leerlas desistimos de ello. Refiere muchas y muy variadas el P. de Jesús, Vida lib. III, caps. XVII, XXXVI, etc...

(2) B. M. C., vol. 13, p. 235.

(3) Subida (B. M. C.) I. III, cap. II, p. 245.

del Hijo de Dios la llamó el ángel San Gabriel obumbración del Espíritu Santo....» (1).

La devoción a la humanidad sacratísima del Verbo hizo que recordara también a la Virgen en su divina Maternidad. En el romance número 8, canta:

y el que tenía sólo Padre
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía;
que de las entrañas de ella
El su carne recibía:
por lo cual Hijo de Dios
y del hombre se decía.

En el romance 9 relató sus oficios con el Hijo recién nacido y la contemplación y pasmo de la Virgen ante las flaquezas humanas del Verbo, ya en la cuna padecidas.

Una tercera composición poética hay en su novísima colección (2), relativa a la Virgen y cuya letra es:

Del Verbo divino,
la Virgen preñada,
viene de camino:
¿si la dáis posada?

Dada su brevedad y entonación a cualquiera se le ocurre que ésta sería una de tantas coplas entonadas por el Santo en las fiestas de Navidad. Así es, según testimonio del P. Alonso de la M. de Dios, el Asturicense, en la «Vida» del santo (3); quien refiere que fué en Granada, siendo Prior, donde la compuso y cantó.

Este su espíritu vive aún en el Carmelo y perderá una de sus características más atrayentes quien no acierte a verla en todo su relieve. Nacido a vida nueva con la Reforma, es forzoso reconocer la gran parte que en ello le cabe a San Juan de la Cruz, gran devoto personalmente de María, tiernamente amado por Ella y que acertó a infundir en el Carmelo el mismo espíritu que N. P. S. Elías sintió al fundar la Orden de la Virgen.

FR. BRUNO DE SAN JOSE, C. D.

(1) Llana, C. III, p 162-3

(2) B. M. C. Vol 13. pag. 342

(3) Lib. II, C 8; (man de la Bib. Nacional. n. 13460.)